

El ritmo es rápido; al lado de la protesta de debilidad del propio rey niño Fernando IV, exactamente diez versos más abajo, al llegar voces alborotadas, el mismo niño afirma:

*“¿Traidores contra mí? Deme una espada
por vida de quien soy...”*

(Acto I, escena IV).

La escena V tiene ocho versos y en la escena VI hemos pasado sin tránsito, de una sala del Alcázar de Toledo a las afueras de Valencia de Alcántara. El escenario es opuesto: una casa de extramuros; al fondo árboles; es de noche. (¿Puede haber otro más romántico?).

Pero aun en este acto mudamos de entorno en la escena X; ya que la acción se traslada a una sala en el palacio de León; ni dice cual.

Tirso sabe graduar la acción, no obstante, a lo largo de los tres actos. El primero es la presentación de los personajes, sus ambiciones, proyectos, su falta de lealtad, el contraste entre la nobleza levantisca y el pueblo leal que acepta al rey niño, la bondad de D.^a María, quien a pesar de la traición de algunos parientes, el traidor D. Juan, hermano de Sancho IV, les restituye en sus cargos y aun les regala villas. Todo está reflejado sabiamente y por contraste, D. Juan da las gracias de esta forma:

*“Eternicen esta hazaña
pinceles y plumas cuantas
celebran memorias santas,
pues que reprendiendo obligas,
haciendo merced castigas,
y derribando levantas;
que yo desde aquí adelante,
desta merced pregonero,
seré en servirte el primero.”*

(Acto I, escena XIII).

Es la última escena del primer acto.

El segundo acto está dedicado a la traición en distintas formas y con soluciones más o menos novelescas. El asesinato del niño rey debe correr a manos de un ser despreciable, un médico judío, quien no puede llevar a cabo su acción porque un retrato de la reina se lo impide y así el predispuesto homicida se convierte en auténtico suicida. Pero por eso el peligro no está conjurado.